

MIGUEL BUÑUZEL

El aquelarrito



CPJ
DIBUJOS

Goni

Cada título de la Colección CULTURA POPULAR JUVENIL consta de un texto selecto, en formato manejable, bellamente ilustrado y a precio módico.



La Colección C. P. J. ofrece a la juventud de habla española todas las materias que necesita para la distracción, desarrollo y enriquecimiento de su mundo.

Contiene: Cuentos, novelas, biografías, aventuras y exploraciones, viajes y descubrimientos, costumbres, historia, geografía, técnica, divulgación científica y artística, dibujo y pintura, juegos y entretenimientos, construcciones, deportes...

Otras obras del autor para niños y jóvenes:

EL NIÑO, LA GOLONDRINA Y EL GATO, Premios Lazarillo e Internacional Andersen. Editorial Doncel. 3.ª Edición, Madrid, 1965.

MANUEL Y LOS HOMBRES. Editorial Doncel. Madrid, 1961.

ROCINANTE DE LA MANCHA, Editora Nacional, Madrid, 1963.

Miguel Buñuel

El aquelarrito

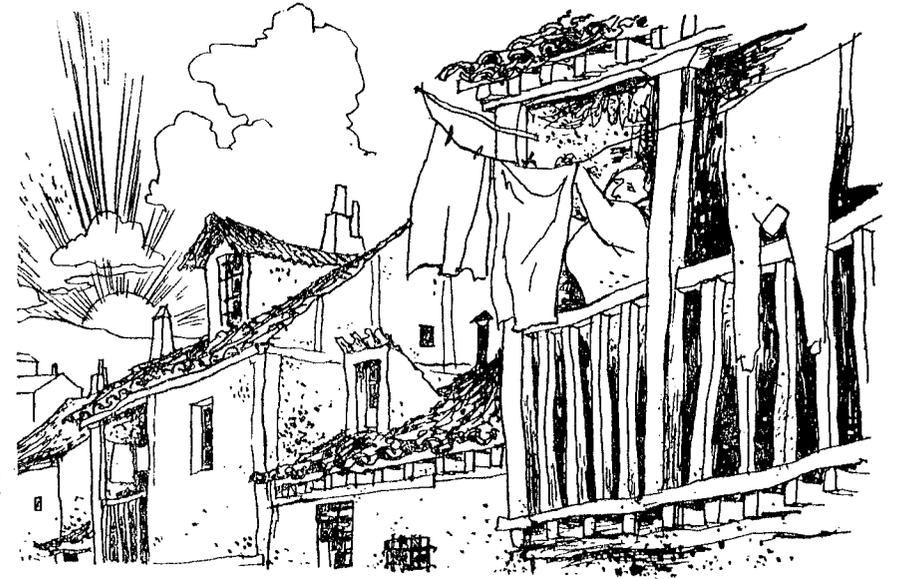
Ilustraciones de
Lorenzo Goñi



DONCEL

CULTURA POPULAR JUVENIL

N.º 1



UNA atalaya larga, interminable. De rocas altas, empinadas, enormes. Grises y rojizas. Y sin vegetación alguna. El sol está a punto de ocultarse por su extremo, que se recorta en un cielo muy azul. Las nubes, muy blancas.

A los pies de la atalaya, incrustado en sus rocas, el pueblecito, alargándose como el mango de una sartén.

Y en la cresta de la atalaya, exactamente encima de la plaza, las ruinas de un castillo de los tiempos de la Reconquista, en las que destacan los restos de un torreón árabe.

En la plaza, la iglesia, con columnas salomónicas en el pórtico, una torre coronada por un gallo de hierro — la veleta — y un nido de cigüeñas. Y la fuente, abierta en un muro escalonado con bancos de piedra.

En los bancos, sentados, algunos viejos, rostro enjuto surcado de arrugas, con la mirada clavada en el infinito y las manos sarmentosas entrelazadas sobre la gayata. Y niñas jugando a las casitas.

Unas preparan la cena, porque los primeros labradores ya regresan de los campos. Trozos de baldosines rojos y de vidrio verde hacen de cacharros. Los guijarros de río son los panes y la arena, el arroz.

Otras niñas mecen a sus muñecas de trapo, canturreando una nana, porque las gallinas con su gallo ya se han ido a acostar.

De la iglesia sale alguna mujeruca enlutada, alguna joven con vestido estampado en colores chillones.

Las mozas han empezado a acarrear agua en sus ventrudos cántaros de barro que apoyan en la cabeza o en la cadera.

Un campesino, con una recua de tres borricos cargados con talegas repletas, asciende por la empinada cuesta junto al muro escalonado.

Y de pronto...

Niños, blandiendo haces de mimbre, a modo de escopetas, montados a horcajadas sobre otros niños que trotan como caballos, irrumpen en la plaza. Es la caballería. Gritan y alborotan. Detrás, un grupo, con los mimbres al hombro, camina en formación marcial. Es la infantería. Canta:

— *Mambrú se fue a la guerra.
¡Qué dolor, qué dolor, qué pena!
Mambrú se fue a la guerra,
no sé cuándo vendrá;
do, re, mi, do, re, fa,
no sé cuándo vendrá.*

Un niño rubio y menudo, encaramado sobre otro moreno y grandullón, hace que toca la trompeta con la mano hueca y grita:

— ¡Tararí, tarará! ¡Al ataque!

Y con la escopeta de mimbre barre de un banco la casita de una niña con sus panes de piedra y su arroz de arena.

Todos los niños arremeten contra el juego de las niñas. Y más de una muñeca rueda por tierra. Pero...

Las niñas se defienden. Y más de un jinete con su cabalgadura caen al suelo. Y más de un infante tiene que agachar la cabeza para no recibir un palo de los viejos, pues éstos se han unido a las niñas en su defensa.

Otros niños se dedican a desatar el delantal de las mozas que acarrear agua, pero el que no recibe un sopapo, recibe un remojón. También atacan a las feligresas que salen de la iglesia, tirándoles de la mantilla, pero tienen que rascarse el zurriagazo dado con el rosario.

Un niño espigado y moreno se levanta del suelo, se sacude los pantalones, escupe tierra y, alzando la escopeta de mimbre, grita:

— ¡Se acabó la guerra!

Los demás se dirigen hacia él, rodeándole. Uno cojea, otro se limpia con saliva la herida de la rodilla, un tercero se acaricia la mandíbula...

Mientras, las niñas recogen sus cosas y los viejos abandonan cansinamente la plaza, refunfuñando:

— ¡Demonios de críos...!

Todos los niños han rodeado a su jefe. Uno, peco-sillo y poca cosa, un tanto jadeante, pregunta:

— ¿Y ahora a qué jugamos?

El niño jefe ni le mira. Pero dobla el espinazo y los demás van saltando sobre él. Y, a medida que lo hacen, van doblando igualmente la espalda, para que los que vienen detrás salten también.

Han saltado todos. El niño jefe se incorpora. Tiene ante sí a todos los niños, en fila, agachados. Ríe:

— ¡Ja ja ja...!
— ¡Venga, salta! — exclama el primer niño.
— Calma, calma... El juego es el juego.
Y el niño jefe, haciendo eses, los sortea sin saltar.
Todos protestan:
— ¡Eso no vale!
El niño pecosillo y poca cosa ha sido el último, y, por tanto, ha saltado sobre todos. Agachado, volviendo la cabeza, le dice al niño jefe:
— Bueno, ¿saltas o no saltas?
— Pues claro, pero hasta que vuelva otra vez, tú quieto ahí, que para eso has saltado ya a todos. El juego es el juego. ¡¿Me habéis oído?!
Los demás contestan:
— ¡Brrr...!
Pero en el momento en que el niño jefe va a saltar, el niño pecosillo y poca cosa se endereza y aquél y los que están próximos ruedan por el suelo. Todos se levantan. Y rien:
— ¡Ja ja ja ja ja...!
Y más de uno le da golpecitos en la espalda al niño pecosillo y poca cosa, en son de felicitación. Este pregunta:
— ¿Y ahora a qué jugamos?
El niño jefe ni le mira. Y seguido de otros, se dirige al banco donde se han agrupado las niñas. Llega y, poniéndose en jarras, dice:
— ¿Qué...? ¿Queréis jugar?
— ¿A qué? — le contesta una que tiene unas trenzas muy negras.
— Mujer, a qué va a ser, al escondite.
— Para eso hace falta que sea de noche.
— Es verdad... Bueno, al rescate. Vosotras contra nosotros, ¿vale?
— Sois más vosotros, pero vale.
Y los niños echan a correr hacia una pared y las niñas hacia la pared de enfrente.



— ¡Ya!

Se persiguen. Si alguien es alcanzado y tocado queda aprehendido. Pero si toca su pared ya no lo pueden atrapar y el perseguidor, a su vez, se convierte en perseguido. Los aprehendidos, de lado y con los brazos extendidos y las manos entrelazadas, partiendo de la pared enemiga, forman una cadena lo más larga posible, para ser liberados al ser tocado el primero por uno de los suyos. Siempre hay alguien defendiendo a los prisioneros y el que va a rescatarlos, si no corre más, engrosa la cadena.

El niño jefe ha sido uno de los primeros en ser atrapado por las niñas.

Todos los niños han sido ya atrapados. Todos, menos uno: el niño pecosillo y poca cosa. Y éste, corriendo más que un gamo, librándose de todas las niñas que le persiguen, rescata a todos.

— ¡Ahora a otra cosa! — gritó el niño jefe.

— ¡Ah...! — y el niño pecosillo y poca cosa se rascaba el cogote —. ¿A qué jugamos?

Esta vez el niño jefe no solamente le miró, sino que dijo:

— ¿A qué crees tú que podemos jugar?

— A la culebrina, ¿no?

— Pues, sí... Y tú serás el último.

Los niños y las niñas, excepto los más pequeños, se agarraron de las manos unos tras otros. En cabeza, el niño jefe y en la cola, el niño pecosillo y poca cosa.

Corrían haciendo eses y, de vez en cuando, el niño jefe tiraba fuerte en las curvas, con lo que el niño pecosillo y poca cosa, sin soltarse, volaba a grandes zancadas.

Los más pequeños no quisieron ser menos y formaron otra culebrina. En cabeza, un niño gordinflón y en la cola, una niña rubia chiquita de piel muy blanca.

Y en una de las curvas, ésta salió despedida. Pero

tuvo suerte, ya que fue a parar a las faldas de una mujer que acarrea agua.

Y el niño pecosillo y poca cosa también salió despedido en una de las curvas. Pero igualmente tuvo suerte, ya que su cabeza fue a dar contra el estómago del niño jefe. Este hizo un gesto de dolor, pero en seguida se sobrepuso. Gritó:

— ¡Juguemos a otra cosa!

— ¿A qué cosa? — preguntó el niño pecosillo.

El otro lo miró fijamente, apretó los dientes y dijo:

— ¡A nada!

— ¿Y cómo se juega a eso?

— ¡Eh...! ¡El último que llegue al banco es un gallina!

Y el niño jefe echó a correr hacia el banco de piedra situado frente a los escalones del muro. Todos los niños y niñas corrieron detrás. Y los primeros en llegar se sentaron a lo largo del banco.

El niño pecosillo y poca cosa y la niña chiquita de piel muy blanca, cogidos de la mano, llegaban a su paso.

Los otros reían y gritaban:

— ¡Ja ja ja...! ¡Gallinas, gallinas, gallinas...!

El niño pecosillo empujó a la niña para que se acercara al banco y se encaró con el jefe:

— Yo todavía no he llegado... ¡A ver si me coges!

Y echó a correr. El otro se lanzó tras él. Y tuvo que correr mucho, porque el niño pecosillo lo mareó de lo lindo llevándole de un lado para otro.

Finalmente, el niño pecosillo corrió en línea recta hacia el banco. El niño jefe le siguió pisándole los talones. Pero en vista que se distanciaba, paró en seco y, jadeante, empezó a caminar a su paso. El otro llegó al banco y se sentó junto a la niña de la piel muy blanca.

Todos gritaban:

— ¡Gallina, gallina, gallina...!

El niño jefe levantó bruscamente los brazos y se encaró con todos.

— ¿Gallina quién?

Todos dejaron de gritar. Todos, menos el niño pecosillo y la niña de la piel muy blanca:

— ¡Gallina, gallina, gallina...!

El niño jefe alzó amenazadoramente el puño sobre ellos. Y la niña se asustó tanto, que se abrazó temblorosamente a su amigo. Este dijo:

— ¿No dijiste que sería un gallina el último que llegase?

Todos rompieron a reír:

— ¡Ja ja ja...!

Y el niño optó por dar un manotazo en el aire sobre la cabeza del pecosillo. Y la niña se asustó aún más.

— Dejadme sitio.

Y se sentó junto a la niña.

— Y tú no tengas tanto miedo, hermanica.

Y le tiró de una trenza.

— ¡Ay!

Los murciélagos comenzaban a revolotear. Y el cielo que envolvía las ruinas del castillo se teñía de rojo, entre nubes malvas, verdosas y amarillas.

Los niños que se hallaban sentados en el largo banco se dejaban prender por el ocaso. Diríase que flotaban en él al compás de los murciélagos. Pero estaban nerviosos. Más de uno movía las piernas y golpeaba con los talones la piedra.

Uno empezó a canturrear:

— *Tan, tan, tan, tan,
que los higos están
verdes...*

Los demás se sumaron a la canción-villancico:

— *Tan, tan, tan, tan,
si verdes están,
ya madurarán...*



Un murciélago pasó muy cerca de ellos y la niña rubia chilló y se abrazó al niño pecosillo.

El niño jefe, su hermano, rio. Luego dijo:

— Pero estáis viendo qué miedosa es ésta.

— Rosa no tiene miedo — replicó el pecosillo —. ¡Habrás visto!

— Sí que tengo miedo — y Rosa temblaba un poco al decirlo —. Los murciélagos chupan la sangre.

— ¡Ja ja ja...! — rio su hermano —. ¡Que chupan la sangre...! ¿Habéis oído?

— ¡Sí, chupan la sangre! — dijo uno con voz cavernosa.

— Las brujas son las que chupan la sangre — añadió el niño jefe.

— Las brujas no existen — replicó el pecosillo.

— Mirad lo que dice éste, que las brujas no existen. Tiene gracia, ¿verdad? — y guiñó un ojo.

— Y tanto que tiene gracia — y el que lo dijo y otros guiñaron también un ojo.

— Pues no existen — insistió el pecosillo.

— ¿Y los platillos volantes qué son, sino escobas girando montadas por brujas?

— Son globos grandes, como el francés que cayó en la atalaya.

Todos miraron hacia la atalaya, ahora mole negra inmensa. El cielo, envolviendo las ruinas del castillo, se había amaratado. El sol se había ocultado hacía ya rato por un extremo de la atalaya y la luna grande anaranjada salía por el otro.

— ¡Oh, el sol! — exclamó Rosa.

— Pero mira que eres tonta — le dijo su hermano —. No es el sol, rica, es la luna.

— Pues si vemos a la luna es por el sol — dijo el niño pecosillo —, así que...

Y al oído de Rosa añadió:

— Es la luna y el sol que se han unido.

— Ah... claro.

— ¿Qué le has dicho? — preguntó el hermano.

— ¡Y a ti qué te importa!

— Y no me importa... Pero — y extendió los brazos — ¿verdad que cuando sale la luna tan grande y tan redonda y tan roja las brujas se reúnen en la cueva del Pandero?

— Sí, es verdad — dijo otro — y chupan la sangre a las niñas muy blancas, como tu hermana.

— Eso — dijo un tercero —, por eso la luna es tan roja.

Rosa se estremeció y se aproximó más al niño pecosillo. Este la tranquilizó:

— No les hagás caso, hablan por hablar.

La luna grande anaranjada parecía trepar por la negra atalaya. El cielo, azul muy intenso y salpicado de estrellas.

El niño jefe se levantó e hizo señas a otros para que le siguieran. Les formó en corro y él quedó oculto. Luego salió y dijo a los que permanecían sentados:

— Vosotros no os mováis. Sobre todo vosotras. Veréis algo que os va a poner los pelos de punta.

— ¡Uy!, a mí ya se me están poniendo — dijo una niña muy espigada —. Pero no de miedo, sino de risa.

Y empezó a patalear y a reír.

— ¡Ja ja ja...!

— Tú riéte — replicó el niño jefe —. Pero vamos a la cueva del Pandero, allá arriba — y señaló la atalaya, junto a la luna —, y haremos bajar a las brujas para que celebren aquí mismo su aquelarre.

Y diciendo esto, junto con los otros niños, se alejó cuesta arriba del muro escalonado, perdiéndose en la oscuridad, como si la negrura de la atalaya se los tragase.

Rosa miraba fijamente la luna grande anaranjada. Sus enormes ojos, azules, se llenaban por momentos de irisaciones doradas, al tiempo que se hacían más

grandes. Su boca se abría, arqueando las comisuras hacia abajo.

El niño pecosillo le tocó en un hombro y ella gritó:

— ¡Ay!

— Pero ¿qué te pasa?

— Yo me voy — dijo la niña temblando —. Me estaba tragando la luna y yo no podía hacer nada...

— Bueno, pero yo sí he podido hacer algo, ¿no?

— Tú, sí, es verdad, me has sacado de la luna...

Pero me voy antes de que vengan las brujas...

— Pero, Rosa, si no va a ser más que una patochada de tu hermano y de los otros. Ya verás, nos reiremos...

— Sí, nos reiremos... — añadió asustada una niña —.

Una noche, en casa, empezaron a hablar de brujas y no tardó en aparecer una montada en una escoba...

— ¿De verdad?

— Como que aún la estoy viendo. Entró por una ventana y salió por la chimenea.

— Qué risa, se le quemaría la escoba... ¡Ja ja ja...!

— No te rías — terció otra —. Lo que dice Clara es verdad. Mentar a las brujas y aparecer éstas todo es uno. Yo las vi reunidas en el corral, en torno a un macho cabrío, bajo una luna grandota y coloradota como ésta.

— Serían las cabras que estarían rumiando...

— Mi padre — dijo un niño gordo — dice que cuando relampaguea sin más ni más o una estrella parece que cae del cielo es porque las escobas o los platillos volantes que montan sacan chispas.

— Pues, sí, se harán pis en la cama... ¡Ja ja ja...!

— ¡Mirad!

— ¡Oh!

— ¡Las brujas!

Sobre cada escalón del muro había surgido una carátula con los ojos y la boca muy abiertos y encendidos.

Rosa, temblando, se había abrazado al niño pecosillo. Los demás gritaban:

— ¡Las brujas, las brujas...!

— ¡Qué brujas ni qué gato muerto! — gritó el pecosillo —. No seas tonta, Rosa, lo que ves son calabazas huecas con una vela encendida dentro.

— No... no... no... Son brujas, brujas, brujas...

Por la calleja de enfrente al banco, irrumpió una caterva de carátulas con los ojos y las bocas iluminadas, sobre escobas encendidas, saltando y brincando. Algunas se acercaban a los que estaban sentados en el banco, daban alaridos:

— ¡Aug...!

Y se apartaban dejando tras de sí una estela roja.

Rosa tenía los ojos en blanco y sus brazos y sus piernas temblaban.

El pecosillo y otros reían.

Las carátulas perseguían a un cabritillo negro. Algunas caían y sus ojos y sus bocas se apagaban.

— ¡Mirad — gritó uno —, ésa se ha desintegrado!

Y, efectivamente, había una carátula menos.

Al fin, con las escobas encendidas, lograron acorralar al cabritillo. Este se sentó en el suelo, con el cuello muy estirado, apuntando con sus cuernecillos al cielo. Las carátulas, con sus ojos y bocas encendidos, le rodearon en círculo a ras del suelo.

Las escobas se habían apagado. Pero empezaron a girar, formando un círculo rojo. Algunas se volvieron a encender.

— ¡Oh — gritó una niña —, platillos volantes!

El cabritillo, rodeado por las luminosas carátulas, saltaba y brincaba. Mientras, se oían unas voces cavernosas que canturreaban:

— *Abracadabra, marcianos,*

platillos, átomos,

naranjas... ¡Uuuuu...!



— Lagartija,
aceite hirviendo
y en órbita... ¡Uuuuu...!
— Abracadabra, abracadabra,
cabrito, cabritón,
salta la luna,
salta el sol.
¡Uuuuu...!

El ulular le recorría a Rosa los huesos. Temblaba todo su cuerpo y los dientes le castañeteaban.

El niño pecosillo y poca cosa le sacudió. Dijo:

— Pero, Rosa, si no es más que una patochada. Ya verás...

Y salió corriendo hacia el círculo de caretas y escobas. Y una vez allí la emprendió a puntapiés contra las calabazas huecas, que no otra cosa eran

las carátulas. El cabritillo aprovechó la ocasión y salió huyendo. Pero...

El niño jefe y otros la emprendieron a su vez con las escobas, ya convertidas en tizones negros, con alguna brasa, contra el pecosillo. Este se defendía, pero terminó por tiznarse totalmente de negro. Y por huir, pues era uno contra todos.

A Rosa, al verlo llegar, perseguido por una caterva de carátulas — para ella brujas —, todo ennegrecido, se le erizaron los pelos y se le arquearon las trenzas. Dio un brinco y salió corriendo.

Corría cuesta abajo. Y tanto miedo tenía en sus ojos, que no vio a unas caballerías que ascendían hacia el abrevadero. Y a punto estuvo de ser pisoteada por ellas, de no haber sido porque los hombres que las acompañaban tuvieron cuidado de apartarlas a su paso. Uno comentó:

— Qué meteoro. A dónde irá tan corriendo...

Y tanto corrió Rosa, que llegó a su casa sin resuello. Llorando y jadeante entró en la cocina y se abrazó a las piernas de su madre, la cual estaba preparando la cena.

Mientras, en la plaza, el dueño del cabritillo, el dueño de las calabazas, el dueño de las escobas — que no era otro que el tendero —, con los palos que habían quedado de las escobas, propinaron más de un golpe en el trasero de los niños que habían hecho la comedia, sobre todo al trasero del niño jefe que era el que más se engallaba y el que más les hacía correr.

Cuando la plaza quedó despejada de niños, una muchacha llenaba una gran banasta con los restos de las calabazas esparcidas. Pasó una moza con un cántaro de agua apoyado en la cadera, emparejada con un mozo, y éste le dijo:

— Qué, para los cerdos.

— Sí, a ver, para los cerdos.

Rosa, en la cocina de su casa, no se apartaba un solo momento de su madre. Esta freía unos trozos de tocino en una gran sartén. Pero la niña, en vez de tocino veía lagartijas moviendo el rabo. Se agarró fuertemente a las faldas de la madre en el momento en que ésta iba a dar vuelta al tocino. La sartén se inclinó y parte del aceite se vertió provocando una gran llamarada que la asustó aún más si cabe.

— ¡Rosa! — y la apartó violentamente.

La madre iba ya a descargar su mano sobre el rostro de su hija, pero al verla tan temblorosa, tan pálida y con los ojos arrasados en lágrimas se contuvo.

— Pero ¿qué te pasa, mi niña? Ven, ven con tu madre.

Se sentó en una silla baja y a la niña la acomodó en su regazo. Le puso la mano en la frente.

— Pues calentura no tienes. ¿Qué te duele? Di.

Rosa apretó los dientes y movió negativamente la cabeza.

— ¿Entonces? — insistió la madre.

La niña parecía que iba a ahogarse. Los ojos estallaron en lágrimas. Y se abrazó al cuello de la madre. Esta le daba golpecitos en la espalda.

— Cálmate, mi niña, cálmate...

La apartó y con la punta del delantal le enjugó las lágrimas.

— Y ahora dime, ¿qué te ha pasado?

— Ah...

Y se volvió a abrazar a su cuello.

— Anda, hija, dímelo todo.

— He... he... he... tenido mucho miedo. He... he... he... visto unas brujas con ojos y bocas muy grandes y que despedían fuego... Y... y... y... unos platillos volantes que echaban llamas... Y... y... y... y un gran chivo negro que con sus cuernos llegaba a la luna, toda... toda... toda teñida de sangre...



— ¿Has estado viendo la televisión...?

La niña dijo que no con la cabeza.

— ¿Entonces?

— Ha... ha... ha sido en la plaza.

— Pues no debes de tener miedo a nada, ¿sabes? Porque si no, te lo voy a quitar a fuerza de...

Y extendió una mano y la agitó en el aire. Le dio un beso y añadió:

— Y ahora me dejarás terminar la cena, ¿sí?

Sentó a la niña en un taburete, cerca del hogar, cogió un cuchillo y salió de la cocina.

Rosa se quedó ensimismada con sus grandes ojos clavados en el fuego. Y así estaba cuando, de pronto...

El fuego se hizo más luminoso. Y es que la única bombilla que iluminaba la cocina se la había tragado el techo, dejando la estancia casi a oscuras. La niña dio un brinco y salió de la cocina.

Y sin respirar, completamente a oscuras, ascendió al cuarto superior de la cocina, iluminado por una bombilla sujeta a un gancho que colgaba del techo y abrazó a su madre por las rodillas.

La madre, que estaba escogiendo unas cuantas morcillas de unas ristras que colgaban del techo, estuvo en un tris de cortarse los dedos con el cuchillo.

— Pero otra vez con tus miedos. Te lo voy a arrancar con esto...

Y alzó el cuchillo. La niña, como estaba abrazada a las rodillas, no vio el cuchillo, sino una ristra de morcillas que se balanceaban de una mano.

— Anda, apártate de mis faldas. ¡Ya está bien!

Deshizo el abrazo y se pasó el cuchillo a la otra mano. Y el brillo de éste hizo guiñar los ojos a la niña. Luego cogió la bombilla y la introdujo por un agujero que había en el suelo. Quedaron casi a oscuras. Y las ristras de embutidos, ajos y cebollas; piezas de tocino y un jamón; manojos de manzanas y peras colgadas del techo, iluminadas levemente por la luz de la luna que se filtraba por un ventanal, se le antojaban a Rosa figuras fantasmales con luz propia. Temblorosamente, se agarró fuertemente a la mano libre de la madre.

Entraron en la cocina, de nuevo iluminada por la bombilla, la cual todavía se balanceaba. La madre dejó las cosas encima de una mesa y la niña, quieta, se quedó contemplando su sombra que se movía en la pared.

La madre separaba las morcillas. La hija, temblando, se agarró a sus faldas.

— Anda, Rosa, sé buena y déjame terminar la cena.

Y la hizo sentar en el taburete, junto al hogar. A continuación atizó el fuego y sopló con el fuelle. Rosa se quedó ensimismada contemplando las llamas. Y este ensimismamiento la sosegaba.

De repente, empezaron a oirse gritos y golpes.

Rosa salió de su ensimismamiento y pudo ver cómo su madre estaba pegando a su hermano, el niño jefe, que había regresado todo tiznado y sucio.

— ¡Toma, toma — le recriminaba la madre —, para que aprendas a no venir hecho un carbonero a casa!

Pero el niño se protegía la cara con los codos, con lo que la peor parte se la llevaba la madre.

La hermana mayor, la muchacha que había recogido en la plaza los restos de las calabazas que habían sido protagonistas del aquelarrito, entró en la cocina. Empezó a poner la mesa.

— Ande, madre, déjelo, ¿no ve que es usted la que se está lastimando?

La madre dejó de pegar al muchacho. Pero lo cogió por las orejas y lo levantó en vilo.

— ¡Hala, vete a la fuente y lávate esa cara y esos brazos si quieres cenar!

Y el muchacho salió más que a escape.

La cena quedó dispuesta. El muchacho regresó con la cara limpia y el pelo mojado. Todos se sentaron ante la mesa, menos Rosa, que seguía en el taburete tan asustada y pálida como cuando llegó.

— Rosa, ¿no vienes a cenar? — dijo la madre.

La niña se acercó como una sonámbula y se sentó. Con los ojos muy abiertos miró la silla vacía del padre. Exclamó:

— ¿Y padre?

— Padre tiene turno de riego y no vendrá hasta que salga el sol.

Rosa rompió a llorar. Las lágrimas caían sobre el trozo de pan que tenía a su lado. Entre hipos, decía:

— Las brujas... las brujas... se lo cenarán.

El hermano se tapaba la boca con una mano y reía haciendo rechinar los dientes.

— Pero ¿qué dice esta niña, qué dice? — exclamó la madre.

— Es que los chicos — respondió la hermana mayor — han jugado a las brujas para asustar a las chicas.

— Ah, por eso ha venido como ha venido...

El hermano reía a grandes carcajadas. La madre le dio un par de bofetadas y las risas se cortaron en seco.

— Claro, y tú habrás jugado a eso como el que más.

— Yo, yo, yo... — y el muchacho se cubría la cara con los codos y sonreía entre dientes — tenía los pelos de punta... No era para menos, las brujas querían chuparme la sangre.

La madre descargó la mano sobre el muchacho, pero éste se echó hacia atrás y cayó al suelo.

— Lo véis — dijo Rosa —, él también las vio. Ahora estarán rondando a padre, como si lo viera.

Y rompió a llorar. El muchacho, sin dejar de mirar a la madre, volvió a sentarse.



— No seas tonta, Rosa — dijo la hermana —, todo ha sido un juego. Las brujas no existen.

— Sí que existen, porque las he visto con mis ojos... Eran horribles y caminaban sobre fuego y danzaban en torno a un enorme chivo con grandes cuernos...

La madre le enjugaba las lágrimas con un paño.

— Anda, no llores más, las brujas no existen, son patrañas...

— No son patrañas, no son patrañas... Las he visto...

— Anda, come...

Y la madre le metió en la boca una cucharada de sopa. Rosa se atragantó y escupió el caldo alrededor. El hermano, limpiándose la cara con el dorso de las manos, se encaró con su madre:

— ¿Por qué no le pegas ahora a ella? ¿Eh? ¿Por qué no le pegas?

Y la madre le dio un coscorrón a él.

— ¡Ay!

Y cenaron en silencio. Rosa comió sin ganas. El hermano y la hermana con mucho apetito. Y la madre sonriendo de vez en cuando a Rosa.

Y se acostaron. Pero...

Rosa no podía dormir. Si cerraba los ojos, veía unas carátulas horribles, con los ojos en blanco y las bocas abiertas enseñando grandes dientes mellados, rodeando a un macho cabrío con cuernos llameantes y la barbilla apuntando hacia ella. Las carátulas desfilaban como en una película. Pasaban y volvían a pasar. Y cada vez, los ojos y las bocas estaban más cerca. Ya sólo veía ojos. Y luego la cabeza del chivo con sus cuernos llameantes y la barbilla en punta queriendo clavarse en su frente. Y si abría los ojos, sólo veía manchas de colores en danza que, poco a poco, se convertían en las imágenes anteriores. Entonces volvía a cerrarlos y todo se hacía más real en su cerebro. Y...



Sintió que el chivo clavaba en su frente la punta de su barbilla, se levantó de un brinco y se metió en la cama de su hermana. La abrazó y se quedó dormida.

El sol entraba por las rendijas de la ventana cerrada y Rosa se despertó gritando:

— ¡Las brujas...!

La hermana también se despertó.

— ¡Qué brujas ni que cuernos! Pero... ¿qué haces en mi cama?

— Es que... es que...

— Habrás tenido una pesadilla. Eso te pasa por ser tan miedosa.

— ¿Y qué tengo que hacer para no tener miedo?

— Pues, eso, no tenerlo. Y figurarte las cosas como son. Y pensar menos en ti y más en los demás...

Rosa rompió a llorar.

— Lo que faltaba. ¿Se puede saber por qué lloras?

— Es que de pronto me he acordado que a Silvestre, anoche, lo quemaron y yo... yo, en vez de socorrerle, eché a correr...

— Pero, primero, ¿quién es Silvestre?

— El Pecas.

— Ah, ya... Segundo, ¿quién lo quemó?

— Pues quiénes iban a ser: ¡las brujas!

— ¡Y dale! Te arrancaría la piel...

La hermana se desmelenó su abundante cabellera negra, y con los ojos muy abiertos y enseñando todos los dientes, se echó sobre la pequeña.

— ¡Uuuu...! Soy una bruja que se come a las niñas crudas.

Rosa rompió a reír.

— Menos mal... ¿Entonces no soy una bruja?

— No, cómo ibas a serlo... Eres mi hermana.

— Bueno, pues menos brujas eran las calabazas y los chicos que danzaban con ellas.

— Yo no vi ninguna calabaza, ni...

— Claro, la llevas encima...

Y con los nudillos le golpeó suavemente la frente. Añadió:

— Uy, está hueca.

— Me has hecho daño — y empezó a rascarse la nariz.

— ¿En la nariz?

— No, en la frente.

— Pues la frente la tienes aquí y no acá.

Y le pasó el dedo por la frente, hacia abajo, y luego lo subió, rozando los labios, dándole secamente en la nariz.

La niña dio un respingo.

— ¡Ay!

Y empezó a frotarse la nariz. La hermana dijo:

— ¡Hala para arriba, que no vas a llegar a la escuela!

Las dos se levantaron. Se lavaron en una palan-gana. Se peinaron la una a la otra. Y bajaron a la cocina.

En la cocina, Silvestre, el niño pecosillo y poca cosa, también conocido por el Pecas, aguardaba a Rosa. Esta, al verle, retrocedió asustada. Exclamó:

— Pero ¿no te has muerto?

— ¿Y por qué iba a morirme?

— Yo te vi ardiendo y todo negro...

— Pues bien que echaste a correr... Si llego a arder de verdad, no hubieras podido echarme ni un dedalito de agua...

La hermana la empujó hacia él.

— Anda, pídele perdón. Yo voy a preparar el desayuno. ¿Has desayunado, Silvestre?

— Un poco.

— Bueno, pues volverás a desayunar con nosotras.

Y colocó un cacharro con leche en el hogar para calentarlo. Luego se puso a hacer sopas.

— ¿Y por qué no estás ya en la escuela?

— Es que es el día del Caudillo.

— Ah...

Silvestre le preguntó a Rosa:

— ¿Y por qué te fuiste tan corriendo?

— Ya lo sabes... Eso... Era todo tan horrible...

— Es que yo corrí detrás de ti y no te alcancé. ¡Cómo corrías!

— Pues a ti no hay nadie que te gane a correr, ni mi hermano, que ya es decir.

— Pues tú me has ganado...

— Pero fue porque me empujaba el fuego...

— ¿Qué fuego?

— El que lanzaban las brujas... No creas, mis faldas también ardían.

— ¿Esas mismas?

Ella asintió con la cabeza.

— Pues están tan ricamente. Ni una brizna de hollín tienen. Míralas.

La niña miró y palpó sus faldas. Dijo:

— Se habrá ido la señal. Cosas de brujas...

— Pero qué tonta eres...

— No me insultes, que si no, no me ajunto contigo.

— Bueno, después que desayunes, iremos a jugar por ahí, ¿sí?

— No pienso salir de casa.

— ¿Por qué?

— Por lo de anoche, aún pueden rondar por ahí...

— Ya... Entonces jugaremos aquí... Espera.

Silvestre se acercó a la hermana, que estaba echando las sopas en la leche y le dijo algo al oído. Volvió junto a Rosa. Esta le preguntó:

— ¿Qué le has dicho?

— Nada, que si nos daba permiso para jugar aquí.

— ¿Y te lo ha dado?

— Claro.

— Pero si viene mi hermano destrozará todo lo que hagamos.

— Mira, si viniese e hiciera una de las suyas — y alzó el puño —, le aplastaría la nariz. Pero no vendrá, porque se ha ido con tu madre a recoger manzanas.

— Entonces ¿jugaremos a construir casas con arcilla?

— Sí, pero antes tendremos que matar a las brujas, porque si no...

— Si no, ¿qué?

— Pues, eso, te harán la vida imposible.

— Pero será horrible.

— ¿Matarlas o qué?

— Porque nos podrán matar a nosotros.

— ¿Te fías o no te fías de mí?

La hermana dijo:

— ¡Venga a desayunar!

Se sentaron ante sendos platos de sopas con leche. Y en silencio, se las tomaban. Silvestre se llevaba las cucharadas colmadas a una velocidad vertiginosa. Así que terminó en un visto y no visto. Rosa quedó asombrada. Exclamó:

— Qué barbaridad, ya has terminado y nosotras aún tenemos el plato casi lleno.

La hermana añadió:

— Es que no come, engulle... Bueno, Silvestre, ahí tienes eso.

El niño se levantó. Cogió una vela y una caja de cerillas que la hermana le había señalado moviendo la cabeza. Dijo:

— Yo me voy abajo, al zaguán, a cazar brujas. Cuando tenga a una bien agarrada, gritaré y bajaréis vosotras a ayudarme a eliminarla, ¿eh?

— Sí, será muy divertido — replicó la hermana.

El niño salió de la cocina. Rosa, más blanca que de costumbre, habló:

— No tengo ganas — y dejó caer la cuchara en el plato, con lo que salpicó leche alrededor.

— Tú verás, o comes o yo levanto el vuelo y allá te las entiendas aquí o abajo... — y la hermana se dispuso a levantarse.

— No, no te vayas, comeré...

Y empezó a llevarse a la boca las cucharadas tan rápidamente como su amigo Silvestre.

Con la última cucharada se atragantó y la hermana tuvo que darle golpecitos en la espalda y levantarle el brazo derecho.

Y en ese momento oyeron gritos que venían del zaguán.

— Ha llegado el momento. Vamos — ordenó la hermana —. Ya la ha cogido. Hay que ayudarle.

Rosa temblaba y se resistía.

— No, yo no voy.

— ¡Cómo que no vienes! ¿Quieres que despanzuren a Silvestre?

— No...

— Pues, entonces... ¡Hala!

Y cogiéndola de una mano, la llevó consigo, escaleras abajo, hacia el zaguán.

Las escaleras estaban a oscuras. Pero al llegar al zaguán Rosa vio una gran luminaria en un rincón. Y cómo Silvestre agarraba desesperadamente a una bruja por el moño. Esta pataleaba y echaba fuego por la boca y por los ojos desmesuradamente abiertos. El niño gritaba:

— ¡Ah, bruja, rebruja, que estoy partiendo el moño remoño...! ¡Ayyy...! ¡Ayúdame, Rosa!

Pero Rosa estaba paralizada y con los cabellos erizados. La hermana le empujó hacia el rincón, dio un traspies y cayó bajo las fauces llameantes de la bruja. Y en ese momento...

En ese momento se abrió la puerta del zaguán de par en par, dejando entrar toda la luz del día. La había abierto Silvestre.

Rosa yacía en el suelo, junto a una calabaza hueca, con agujeros que hacían de boca y ojos, iluminados por la vela encendida que había dentro.

Silvestre se acercó y ayudó a levantar a Rosa. Dijo:

— Lo estás viendo. Es una calabaza hueca — y alzó ésta — con una vela dentro — y alzó también la vela —. Di, ¿dónde están las brujas?

— Eso, ¿dónde están? — añadió la hermana.

Y dejó caer a los pies de Rosa las calabazas huecas que contenía una gran banasta y que sirvieron para hacer el aquelarrito de la pasada noche.



Rosa se ponía roja por momentos. Silvestre dio un gran soplo y apagó la vela. Preguntó:

— ¿No dices nada?

— Sí..., que soy... que soy una tonta.

— Bueno — replicó Silvestre —, no es eso. Lo que pasa es que tienes mucha imaginación. Yo también la tengo, no creas. Pero hay que emplearla para ver las cosas como deben ser o como son, o mejor de lo que son. No sé si me explico...

— No sé si te explicas, pero me parece que te entiendo.

— Bueno — dijo Silvestre a la hermana —, ¿no es hora de que desayunen los cerdos?

— Es hora — le contestó ésta con una sonrisa muy ancha.

Y entre los tres volvieron a llenar la gran banasta con las calabazas huecas.

Y los dos niños la cogieron por sus asas. Y siguiendo a la hermana, cruzaron la calleja y entraron en un corral.

En el corral picoteaban las gallinas y correteaban los conejos. Y un gallo, con su gran cresta roja erecta y su gran cola de todos los colores tensa, se pavoneaba a diestro y siniestro.

La hermana abrió las cochiqueras y salieron los cerdos, uno negro y uno blanco, y se lanzaron sobre unos comederos en los que los niños arrojaban las calabazas, que parecían calaveras, por los ojos y las bocas que algunas conservaban.

Los cerdos comían con gran fruición y sin dejar de gruñir.

Rosa, la niña rubia chiquita de piel muy blanca, y Silvestre, el niño pecosillo y poca cosa, reían. Y la hermana, con los brazos cruzados bajo el pecho, también.

El gallo se encaramó sobre un montón de leña iluminada por el sol, estiró el cuello y, estentóreamente, cantó:

— ¡Kikirikí...!

